

La hija del penal

La hija del penal me llaman siempre a mi, porque mi padre fue carcelero.
Jamás sentí el amor, pues nunca conocí, más que las penas de un prisionero.
Pues cierto día de ver un preso, no sé qué cosa, pasó por mi,
que con los ojos, le mandé un beso y en mis plegarias decía así:

¡Ay! virgencita del Consuelo, ven y ayúdame a salvar mi bien
porque sus penas son mis dolores.
¡Ay! virgencita, sálvale, que quiere mi cariño ser, el preso eterno de mis amores.

Estaba preso, sí, porque mato al traidor, que de su hermana era la burlada.
Más cuando supe yo, su gesto de dolor, sentí quererle con alma brava.
Juró quererme siempre sincero, con un cariño de eternidad.
Y yo muy loca del prisionero, juré daría su libertad.

¡Ay! virgencita del Consuelo, ven y ayúdame a salvar mi bien
porque sus penas son mis dolores.
¡Ay! virgencita, sálvale, que quiere mi cariño ser, el preso eterno de mis amores.

Llegó la noche al fin, en que a mi padre vi, y que la llave pude quitarle.
Con ella yo corrí, la triste celda vi, y un beso santo le di al librarle.
Loca de angustia yo le veía por la muralla, libre saltar
y no cesaba el alma mía, con ansia loca de suplicar.

¡Ay! virgencita del Consuelo, ven y ayúdame a salvar mi bien
porque sus penas son mis dolores.
¡Ay! virgencita, sálvale, que quiere mi cariño ser, el preso eterno de mis amores.